

LA PUGNA CARTER-BEGUIN

Hasta el momento en que el ministro de Asuntos Exteriores de Israel, Moshe Dayan, fue a Washington para invalidar el documento conjunto soviético-americano sobre Oriente Medio¹, posible futura base para la reanudación de la Conferencia de Ginebra, había esperanzas de que esta se celebrara, incluso dentro de ese año de 1977, para tratar de llegar en ella a un acuerdo total. En ese documento era la primera vez que un gobierno de los Estados Unidos reconocía, de un modo explícito, la existencia de un pueblo palestino árabe y su derecho a una patria, lo que implicaba que, en la citada conferencia, había que dar alguna forma de presencia a ese pueblo, cuya representación, las naciones árabes, la habían dado a la OLP. Todo ello, como hemos visto en nuestros dos artículos anteriores, es una herejía para todos los gobiernos israelíes que han existido hasta ahora, pero aún se agrava la cosa al exigir la OLP que para contar con ellos hay que modificar la resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que estaría en la base de cualquier acuerdo en el sentido de modificar el *status* de simples refugiados árabes que da a los palestinos dicha resolución². Es decir, que hay una intransigencia palestina, lógica, pues defienden el derecho a una patria en una tierra que habitan desde milenios y una intransigencia israelí, no lógica, pues defienden el derecho a la soberanía sobre una tierra que les perteneció hace milenios, pero que la resolución de la partición de Palestina, decretada por las Naciones Unidas en 1947, no se la adjudicó y que ha sido conquistada por la fuerza de las armas, con la ayuda de potencias extranjeras. Esta intransigencia israelí se acentuó con el actual gobierno, tan unido a los fanáticos grupos religiosos tra-

¹ F. FRADE: *Comentario a la declaración conjunta soviético-americana sobre Oriente Medio*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL núm. 153, septiembre-octubre 1977, p. 355.

² F. FRADE: *El sorprendente viaje de Sadat*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL núm. 154, noviembre-diciembre 1977, p. 74, y en la sección de «Documentación internacional» de este número: «Las reivindicaciones del Consejo Nacional Palestino, expresadas en su reunión de El Cairo el 1 de junio de 1974», no modificadas hasta ahora.

dicionalistas, declarando su primer ministro, Menahem Beguin, que ellos están dispuestos a aceptar la citada resolución 242 como base de negociación, pero que ésta no les obliga a abandonar ni la ribera occidental del Jordán ni la Franja de Gaza por ser territorios pertenecientes a *Eretz Israel* (la tierra de Israel), es decir, al Israel bíblico. El profesor judío americano, Amos Perlmutter, en un artículo publicado recientemente, hace una comparación entre Beguin y Ben Gurión, hablando de la estrategia política del primero y dice en muy pocas palabras el pensamiento fundamental de Beguin a este respecto:

«Para Beguin, el problema de la composición en el Estado judío es secundaria en relación con el interés por su territorio. Beguin preferiría una mayoría judía sobre la totalidad de la anterior Palestina occidental. En su ausencia, sin embargo, reclama la indivisibilidad política del territorio comprendido entre el Mediterráneo y el río Jordán, su colonización por judíos y el eventual establecimiento de la hegemonía judía y la dominación política sobre aquellas partes de la Palestina occidental truncadas por la partición de las Naciones Unidas de 1947 en Estados árabes y judíos, separados.

Las implicaciones políticas para la resolución del conflicto, en los términos de Beguin, son profundas. Cuando Beguin, o su gobierno, habla de asentamientos judíos en la ribera occidental, lo hace de conformidad con su visión de una forma de gobierno judía, soberana e independiente, destinada a dominar la Palestina histórica. La cuestión del asentamiento, para Beguin, no es exactamente táctica, sino estratégica y fundamental. Al enfocar la cuestión de la ribera occidental, la realidad de las actuales reclamaciones irredentistas sobre Judea y Samaria, por parte del gobierno israelí, debe entenderse lo siguiente: esto excluye la formación de un Estado palestino»³.

De esto se deduce que la finalidad de Beguin, al negarse tan obstinadamente a abandonar los asentamientos creados en los territorios conquistados, no obedece a motivos puramente de defensa, sino de expansión, cosa que ya está advirtiendo todo el mundo, incluso su sostenedor a ultranza, los Estados Unidos, cuyo presidente ha de apli-

³ AMOS PERLMUTTER: «Begin's strategy and Dayan tactics», *Foreign Affairs*, enero 1978, página 360.

carse a la tarea de convencer a su intransigente aliado a que modere sus puntos de vista, mientras los países árabes más moderados, particularmente los ricos en petróleo, han de hacer lo mismo con los palestinos, pues, de lo contrario, será imposible la negociación, a pesar del sorprendente paso dado por Sadat. Sin embargo, también aquí hay una diferencia fundamental entre las dos intransigencias: Los palestinos están dispuestos a la negociación siempre que se reconozcan sus legítimos derechos. Los israelíes no, aunque se reconozca su derecho a la existencia, por las razones dadas por Perlmutter, y entonces sólo las emprenderán como pretexto para ganar tiempo y consolidar sus conquistas, con asentamientos, mitad agrícolas, mitad militares, que pueblan o aspiran a poblar con judíos traídos de la URSS, que es donde están dispuestos a ello, con tal de salir del país.

Con este ideal es natural que todos los gobiernos israelíes, pero muy particularmente el presidido por Beguin, se opongan a la creación de cualquier forma de Estado palestino árabe independiente en cualquier parte de Palestina, aunque sea en el mínimo espacio formado por la Franja de Gaza y la ribera occidental del Jordán, como ya se conforman la mayoría de los árabes. Sin embargo, también se dan cuenta que la mayoría del mundo ya no piensa con ellos, ni siquiera en las naciones occidentales que ayudaron a traer el Estado de Israel y ni en la propia Norteamérica, su valedora a ultranza, a pesar del dominio judío en los medios de información y propaganda. Hay mucha gente ya, en Occidente, que reconoce el derecho de los palestinos a poseer una patria y que denuncia la intransigencia israelí. Por eso el acuerdo total a que se quiere llegar, en una conferencia de Ginebra reanudada, les asusta porque el mismo presidente de la nación más poderosa de Occidente y la que les presta todo su apoyo, ha reconocido públicamente la entidad palestina y su derecho a una patria, cosa que nunca se atrevieron a afirmar sus predecesores, y entonces ese acuerdo total tendrá que implicar un reconocimiento a los legítimos derechos de los palestinos que ellos prefieren ignorar. De ese modo, cualquier conversación o negociación, aun con la propia Norteamérica, se diluye en largas dilaciones y la labor de Norteamérica en su labor de impulsor o de coordinador, como dice Perlmutter, se hace agotadora y en el segundo caso es condenada al fracaso, pues para Beguin la labor de coordinación que impuso Kissinger significa «una forma norteamericana de prenegociación, como fórmula sutil de soluciones impuestas»⁴.

⁴ *Op. cit.*, p. 383.

Ellos se lamentan, muy amargamente, de que tanto la Administración Nixon como la de Ford y la de Carter, que prometieron seguir estrictamente esa política de coordinación, es decir, no tomar ninguna determinación respecto al conflicto de Oriente Medio o cualquiera de sus partes, sin estar ambos de acuerdo, han faltado a ella, especialmente Carter al afirmar la entidad palestina y su derecho a una patria y proponer la retirada con «minor adjustments» sin haber consultado con los gobiernos israelíes para nada. En esto han tenido a su lado al poderoso *lobby* judío norteamericano que no se limita a suplicar, sino a presionar, y con todo ello Israel da la imagen del niño mimado a quien nunca se le niega nada, cuando llega un momento en que el maestro le llama al orden y le dice que todos los juguetes no pueden ser para él. Entonces se niega, patalea, arremete contra el otro niño más desfavorecido, que le pide y exige al maestro obligue al mimado a que le dé un modesto juguete. Entonces, el maestro, con un mínimo sentido de justicia ha de hacer algo y mucho más si hay otro con poder para presionarle en ese sentido y ese otro es otro tan rico como el papá del niño mimado. A todos los lectores, en este momento, les habrá surgido la imagen de la *gotra* y el *aagal*⁵ tocando las cabezas de unos señores árabes poseedores de gran riqueza con un fondo de torres petrolíferas sobre arenas de dilatados desiertos.

Hasta ahora, Israel ha conseguido todo de esa poderosa nación en que los judíos constituyen una minoría poderosa en la política, la economía, la información y la propaganda. Por otra parte, los Estados Unidos, hasta hace poco, apenas han necesitado nada de los países árabes, salvo explotar sus riquezas petrolíferas, disputárselos como mercados a Europa y dominar sus importantes rutas marítimas estratégicas, en lucha con la URSS. Pero ahora necesita más: utilizar para su propia industria ese codiciado oro negro, cada vez más codiciado y disputado porque, si apenas ya bastaba para las insaciables necesidades de los países industriales europeos y Japón, ahora es creciente la dependencia de Estados Unidos de él y quizá en seguida se una a esta demanda la propia Unión Soviética y sus Estados satélites, si no consiguen poner en servicio nuevos yacimientos que con tanto ahínco buscan en su vasto territorio siberiano.

Si a esto unimos la creciente influencia de la URSS en Africa, muy especialmente en su parte oriental y sobre todo en el Cuerno de Africa, que supone disputarle una vital ruta estratégica marítima de las que hemos hecho mención, comprenderemos el interés de Es-

⁵ *Gotra* llaman en Arabia Saudita al pañuelo con que se cubren la cabeza, y *aagal*, al cordón que lo sujeta.

tados Unidos en que se llegue a una solución total del conflicto de Oriente Medio, imposible de conseguir sin dar una mínima satisfacción a los derechos del pueblo palestino.

Desde que subió al poder en Egipto Anuar as Sadat pensó que le era muy difícil arrancar a Israel, por la fuerza, los territorios conquistados por éste en la guerra de junio de 1967, y una vez lavado el honor de las armas árabes, en la siguiente guerra de 1973, se apuntó a la solución pacífica del problema, en estrecha colaboración con Kissinger en la célebre política del *paso a paso*⁶. Sin embargo, los pasos fueron muy cortos y muy lentos, y tras el acuerdo interino no se dio ninguno más en el propósito de devolver terreno Israel a cambio de paz. El siguiente que se dio fue muy grande moralmente y a cargo de Anuar as Sadat⁷, que no dudó en jugarse su buen nombre y prestigio ante sus hermanos árabes y se dirigió a romper el punto muerto, provocando unas conversaciones con sus enemigos que crearán la base para la reanudación de la Conferencia de Ginebra y llegar a un acuerdo total del problema. Su idea la expresó Sadat en una entrevista que concedió a la revista *Newsweek*, en la que decía que éste era un momento único en la historia del conflicto y que si fuera preciso iría solo a Ginebra (sin ninguna otra nación árabe, quería decir) a tratar con los israelíes. Allí discutirían un acuerdo comprensivo y después convocaría una cumbre árabe para someterles este acuerdo comprensivo y decidir sobre ello, y remachaba: «Cada uno decidirá por sí mismo»⁸.

Pero con esta afirmación yo creo que Sadat expresaba su deseo de que la conferencia se celebre y animar de paso a sus compañeros del frente de la confrontación, que están convencidos que el paso de Sadat no servirá para nada ante la intransigencia israelí. En especial Siria, que ha temido, además, que Egipto firme un acuerdo de paz separado, si le devuelven el Sinaí sin los asentamientos establecidos. Pero los sauditas que apoyan a Sadat en sus esfuerzos, aunque no lo hayan declarado de un modo abierto, no pueden aprobar esta paz porque dejaría al mundo árabe en una peligrosa situación de división y una entrega total a la URSS de los países del que ellos llaman *Frente de la Firmeza y la Oposición*, en particular Siria y a Sadat aislado y desprestigiado, lo que obligaría a los países moderados a retirarle

⁶ Véase F. FRADE: *La política paso a paso de Anuar as Sadat*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL núm. 143, enero-febrero 1976.

⁷ Véase F. FRADE: *El sorprendente viaje de Sadat*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL número 154, noviembre-diciembre 1977.

⁸ SADAT: «Único moment», *Newsweek*, 12 diciembre 1977, p. 15.

su apoyo. Al retirar los sauditas su apoyo a esta clase de paz, tampoco puede apoyarla Norteamérica, aunque sea un deseo profundo de Israel, y por eso la principal tarea del secretario norteamericano, Cyrus Vance, en su apresurada diplomacia viajera de primeros de diciembre, tras haber anunciado Sadat la Conferencia de El Cairo y haber roto sus relaciones diplomáticas con los cinco Estados de la línea dura, al criticar su movimiento, fue la de aconsejar a Egipto e Israel resistieran la tentación de un acuerdo separado y tratar de atraer a Jordania y a Siria a la citada Conferencia de El Cairo. Es decir, que para Estados Unidos se trataría de que Egipto e Israel llegasen a un acuerdo, diríamos particular; luego hacer que Siria e Israel llegaran a otro, aceptable para los sirios, y luego Jordania, y al final, tras estos acuerdos parciales, reunirse en Ginebra para llegar a un acuerdo total en el que intervendrían los palestinos, con la aceptación de éstos y de Israel. Esto sería en realidad un nuevo «paso a paso», pero con desembocadura en el acuerdo total ansiado. Muy difícil y muy paciente, por las dos intransigencias citadas principalmente, pero también porque son muchas las dificultades con que los dirigentes se encuentran ante sus pueblos y por las luchas de ideologías y de intereses, propios y extraños. Está en primer lugar la lucha que la URSS lleva a escala global con los Estados Unidos, apoyando la primera a los países del *Frente de la Firmeza y la Oposición*. Estos a su vez se dividen en dos clases: los que se oponen a la solución pacífica, en absoluto, como Irak, Libia, Yemen del Sur y los palestinos del frente del rechazo, y los que estarían dispuestos a aceptarla, como Siria. Los moderados, todos están dispuestos a aceptar la citada solución pacífica. Encabezados por Arabia Saudita, su labor es presionar a los Estados Unidos para que éstos hagan ceder a Israel en su intransigencia y presionar a los países de la confrontación a que adopten una actitud moderada. En el momento actual a que sigan la iniciativa de Sadat. Estos serían Jordania, Siria y las ramas de la OLP, que siguen a Iaser Arafat. Por último, Estados Unidos no tienen sólo esta lucha con Arabia Saudita para evitar que ésta endurezca su posición en lo que respecta al precio y abastecimiento del petróleo, sino más dura, aunque solapada, con Israel, para que éste haga las mínimas concesiones que desean los árabes en lo relativo a la devolución de los territorios conquistados en 1967 y la aceptación de la realidad palestina. Los medios de información occidentales dan una versión ambivalente de los sucesos que van ocurriendo mientras se mantienen estos tenaces pulsos que el presidente Carter se ve obligado a echar con el emir Fahd Ibn Abdel Aziz, hombre fuerte en

Arabia Saudita, por un lado, y con el *premier* israelí, Menahem Beguin, por otro. Antes las versiones eran muy parciales a favor de Israel y orientadas a realzar su imagen y su posición. Ahora las cosas van cambiando y, por ejemplo, con ocasión de la acción armada israelí sobre el sur del Líbano, tras la incursión del comando palestino en Israel, que trajo como consecuencia el secuestro de dos autobuses y la posterior voladura de uno de ellos, con el resultado de 34 muertos y 85 heridos civiles israelíes, la misma revista citada resaltó la desproporción de la represalia, que produjo mil muertos entre la población civil libanesa y la huida de doscientas mil personas, sin gran daño para la guerrilla. Asimismo desmintieron alegaciones de los israelíes, justificativas de bombardeos de determinados lugares, diciendo que no había ninguno de los objetivos militares que decían, al visitar sus corresponsales, después, los lugares, describiendo las tremendas destrucciones causadas por los bombardeos en los poblados. Incluso en los dos números en que publicaron reportajes de los acontecimientos, con titulares sensacionalistas, como «Muerte desde el aire» o «Estamos desamparados», aparecieron sendas entrevistas a Iaser Arafat y a Hafed al Asad y ninguna a Beguin o Dayan⁹. Esto mismo ha sucedido en publicaciones inglesas, y no hablemos de las francesas, es decir, que las informaciones son ahora más equilibradas que hace unos años, y en esto ha hecho mucho la labor de Sadat con sus iniciativas y la de Fahd con sus advertencias. El primero, a través de continuas declaraciones, insistiendo machaconamente acerca de la intransigencia de Beguin, cosa que éste ya no se puede quitar, pues hasta en su propio país hubo una manifestación de 40.000 personas, con 300 oficiales de la reserva, pidiéndole moderación para conseguir la ansiada paz y salir de la situación de *ghetto* internacional. Fahd, prestando ayuda de toda clase a Sadat y también a los palestinos de Arafat, al tiempo que en todas sus declaraciones evoca el espectro del petróleo, lo mismo que los demás dirigentes saudíes, junto a la petición de que Estados Unidos se muestre imparcial en su manejo del problema. Así, en una visita de un importante grupo de hombres de negocios norteamericanos, celebrada a finales de marzo, decía a éstos:

«Nosotros no deseamos que los Estados Unidos estén del lado de los árabes o del lado de Israel contra los árabes. Sólo deseamos que estén del lado de la justicia. Sabemos que éste es un aspecto sumamente sensible a causa de la amistad de los Estados Unidos con Israel,

⁹ *Newsweek*, números correspondientes al 27 de marzo y al 3 de abril de 1978.

pero los Estados Unidos también tienen amigos e intereses en el golfo, y de acuerdo con ello la posición americana debe ser limpia e imparcial.» Más adelante seguía: «No habrá estabilidad en la zona a menos que se establezca un Estado palestino y que Israel reconozca la existencia del pueblo palestino y sus derechos», y por último, tras varias reflexiones sobre la retirada israelí de los territorios ocupados en 1967 y otras sobre las resoluciones de la ONU, finalizaba diciendo que el reino continuaría realizando sus transacciones en dólares y que no se cambiaría a otras monedas, y que la política petrolífera del reino es consistente y no cambiará conforme las demandas aumenten en los años 1980¹⁰. Es decir, que hay que cambiar, además de paz por terrenos, en lo que se refiere a unos, petróleo e inversiones por derechos palestinos y resolución del conflicto de un modo imparcial en lo que se refiere a los otros, como el emir Fahd da a entender al presidente Carter.

Es decir, que en esta doble pugna, Begin se ve acosado por Sadat, que le exige más de lo que él siempre se ha comprometido ante su pueblo, mostrándose por ello cerrado e intransigente y más aún por Carter, que tiene respecto a Israel un poder que Sadat no tiene. Al final, tras Carter está Fahd. Este es, en palabras simples, el juego actual del que yo creo, Israel no tendrá más remedio que ir cediendo posiciones, aunque para ello tenga que desembarazarse de Begin. Por eso la política de Israel es dar la imagen ante el mundo de que hay grupos y personas que son más liberales que los religiosos que se agrupan en torno a Begin, y por eso Dayan y Weitzman aparentan ser más flexibles, pero alargan al máximo las negociaciones, empezándolas cada vez que Begin da una respuesta negativa a lo que le piden los árabes por boca de Sadat. Por eso también prefieren estas conferencias parciales y acuerdos como el de Sinaí, que les dan cuerda para seguir meses y años en el forcejeo, que ir a una conferencia como la de Ginebra, donde tienen que ceder o vendrá un fracaso del que todo el mundo les haría responsables. Para esto aducen los más variados argumentos: que no se fían de la duración de los gobiernos árabes con quienes concierten un acuerdo de esa clase y luego vengan otros que lo invaliden; que temen que esos acuerdos sean una etapa para luego seguir con exigencias que terminen por acorralarlos con las espaldas al mar, como quieren los rechacistas. Total, vienen a decir, que serían necesarios muchos años para disipar el temor y la desconfianza, y con eso esperan a ver si, mientras tanto, cambia la situación en el mundo respecto a la dependencia del petróleo.

¹⁰ «Fahad urges an impartial USA stand», *Saudi Gazette*, Yedda, 26 de marzo de 1978, p. 1.

Podemos decir que el elegir a Beguin como primer ministro fue como poner un muro a las exigencias árabes, del cual no se podía pasar, y que Dayan y Weitzman, encargados de la realización práctica de las negociaciones, como jefes de la comisión política y militar en la Conferencia de El Cairo, no lo pasarán, por tanto. Tratarán de cuestiones de procedimiento, de retiradas parciales y escalonadas, de mantenimiento o desmantelamiento, de asentamientos, de autonomías con el control militar israelí y otras de este estilo, pero llegar a una conferencia en la que haya que saltar el muro, es decir, reconocer un Estado palestino en cualquier zona, por insignificante que sea, de la Palestina ocupada, ahí no llegarán. Por esto es la negativa obstinada a negociar con nadie de la OLP, y éstos, creo yo, harán todo lo posible por evitarlo, aunque los palestinos hicieran desaparecer de su carta la cláusula número 18, en que afirman su derecho a «ejercer su soberanía nacional y su libertad en toda su patria»; lo que equivale a negar el Estado hebreo y aceptaran la resolución citada 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en su forma actual como base para las negociaciones.

Esta táctica se refleja en el documento de trabajo, propuesto por Beguin y aprobado por Carter, que explicamos en artículo anterior y que invalidó la declaración soviético-americana. En ese documento se proponía la creación de comisiones conjuntas árabe-israelíes separadas, una por cada nación árabe implicada, y una conjunta, de la que formarían parte Egipto, Jordania e Israel, para estudiar la cuestión palestina, entrando en la delegación jordana palestinos que no fueran significados de la OLP¹¹.

El presidente Sadat, con el apoyo de los regímenes árabes moderados, está luchando contra reloj debido a las dificultades que surgen del interior del país, por su mala situación económica y para el que supone una pesada carga sus obligaciones militares derivadas de una situación conflictiva permanente. Recientemente recibió abiertas críticas de los sectores más radicales del país pidiendo suspendieran las conversaciones. También a Carter le urge el llegar a un acuerdo, tras el primer y breve resplandor de esperanza que surgió tras el histórico viaje de Sadat, máxime cuando los países árabes rechacistas y la URSS están esperando que el fracaso definitivo se produzca para ahogar todas las esperanzas de solución pacífica. Israel, por su parte, no está todo él tranquilo respaldando la actitud de un gobierno tan intransigente. La imagen de los árabes ha mejorado mucho en Occidente, por la acción comprensiva de Sadat y Fahd, al tiempo que ha

¹¹ F. FRADE: *El sorprendente viaje de Sadat*, p. 73.

empeorado la de los israelíes, como lo demuestran las encuestas de opinión realizadas por medios americanos y las acciones y declaraciones de congresistas y senadores norteamericanos, incluso judíos. Yo conozco los resultados de las encuestas llevadas a cabo conjuntamente por la Associated Press y la NBC, en la que la mitad de los encuestados se oponían a la venta propuesta de cazas «F-15» y «F-16» a Arabia Saudita e Israel (a Arabia Saudita sólo «F-15»). Esta oposición a la venta de armamento y material de guerra a Israel era impensable sólo un año antes, en que nada más que un 10 por 100 eran los que se oponían. Asimismo, cuando Weitzman fue a Washington para pedir 13.000 millones de dólares en armas durante los diez próximos años, encontró la resuelta oposición del Pentágono: «¿Por qué, si no puedo encontrar la aprobación de un compromiso por diez años para las fuerzas armadas norteamericanas, he de hacerlo para Israel?», dijo el secretario de Defensa, Harold Brown¹².

Por su parte, la revista *Washington Strategic Review*, que edita el prestigioso Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown, manifestaba que la Casa Blanca estaba empeñada en un complejo esfuerzo para presionar a Israel a que hiciera mayores concesiones al presidente egipcio Anuar as Sadat y que la Administración Carter había pedido a sus aliados europeos, hispanoamericanos y asiáticos que suspendieran sus ventas de armas a Israel y a Irán, que disminuyera o suspendiera sus suministros de petróleo al mismo país, hasta que se llegara a un acuerdo de paz. Asimismo estaba llevando a cabo repetidos esfuerzos para convencer a los senadores y congresistas americanos para que usaran la persuasión con los israelíes y citaba el dramático caso del senador Hubert Humphrey, en sus últimos días de batalla contra un cáncer incurable, a quien Carter hizo un llamamiento sobre la necesidad de que enviara una carta personal a Menahem Beguin, para la cual se le envió un borrador que incluía una reprensión al *premier* israelí. Humphrey rechazó el borrador enviado por la Casa Blanca y redactó la carta, de acuerdo con sus consejeros y con la embajada israelí en Washington, es decir, considerablemente suavizada; pero el solo hecho de enviarla fue interpretado por la prensa norteamericana como una tremenda crítica a la posición del gobierno de Beguin, procedente de uno de los más fervientes campeones de Israel en las cámaras norteamericanas y dos días antes de morir¹³.

¹² «Beguin under fire», *Newsweek*, 20 de marzo de 1978, pp. 17-18.

¹³ *Washington Strategic Review*, abril de 1978.

Pero más dañosa para la posición intransigente de Beguin, si cabe, fue la afirmación del senador Abraham Ribicoff, uno de los cinco miembros judíos de dicha cámara, al *Wall Street Journal*. En una entrevista que le hizo un reportero del periódico, dijo que «él, personalmente, cree que esta política israelí—la que lleva el gobierno judío respecto a los asentamientos y a la retención de la ribera occidental del Jordán—es equivocada y no merece el apoyo de los Estados Unidos», y refiriéndose específicamente al Comité de Asuntos Públicos americano-israelí, el grupo clave del *lobby* proisraelí en los Estados Unidos afirmó tajantemente que «está haciendo un gran flaco servicio a los Estados Unidos, a Israel y a la comunidad judía».

Por supuesto que los personajes de la administración que más estrechamente colaboran con el presidente en las decisiones políticas internacionales, es decir, el vicepresidente Mondale; el secretario de Estado, Vance; el de Defensa, Brown, y el director del Consejo Nacional de Seguridad y asesor especial, Brzezinsky, apoyan al presidente en su pugna con Beguin. Especialmente el último atrajo las iras del *lobby* judío, que hizo contra él cargos públicos de antisemitismo, por criticar abiertamente la política del gobierno israelí. Era natural ese ataque, dado que se considera a Brzezinsky como uno de los principales artífices de la nueva política de la administración Carter con relación a Oriente Medio. Brzezinsky mantuvo una reunión a puerta cerrada con preeminentes líderes judíos americanos y, según manifestó un asistente a la reunión, lanzó «un brutal ataque» contra la táctica de resistencia tenaz en las negociaciones de paz de Oriente Medio.

¿Quiere esto decir que la Administración y las cámaras norteamericanas se han volcado del lado de los árabes? Ciertamente que no. El Congreso y el Senado no apoyan entusiásticamente el giro del presidente Carter, pero, creo yo, que han llegado a la conclusión de que no hay otra alternativa para una tan deseada paz que ponerse del lado de la moderación. Además, en realidad, lo que hacen no es otra cosa que seguir las tendencias del público norteamericano, expresadas en las encuestas que hemos citado y en la diferencia de trato que recibe la cuestión en los medios de información, no tan tremendamente inclinada del lado israelí como hace unos años. Ese público y aun más el de las principales naciones industriales occidentales están cansados del conflicto de Oriente Medio, de la táctica obstaculizadora israelí y del efecto potencial a largo plazo en las economías de todos los países occidentales. Asimismo se sintieron impresionados por el valor del presidente Sadat, gesto que no ha tenido la respuesta que se merece, y también hay que tener en cuenta la simpatía cre-

ciente que Arabia Saudita va adquiriendo entre los senadores y congresistas y entre los hombres de negocios que tan frecuentemente visitan el reino, donde constituyen la mayor colonia extranjera y de donde sacan pingües contratos e inversiones. Antes todo esto apenas existía para el público norteamericano. Hoy el *lobby* israelí, como dice el diario saudita *Arab News*, defiende una causa que crecientemente se está haciendo impopular. Por eso los virulentos ataques de ese *lobby* contra la proposición de la venta de aviones de caza «F-15» a Arabia Saudita no ha tenido el efecto que se esperaba¹⁴. Si no se venden esos aviones tampoco se venderán los prometidos a Israel. Esto resultó en la dimisión de Mark Siegel, un elemento clave de ese *lobby* encargado del enlace de la Casa Blanca con la comunidad judía americana, puesto que, aunque no oficial, era muy importante. El motivo es claro: los asesores del presidente y este mismo ya no hacían tanto caso de sus asesoramientos y consejos, que servían más a los intereses judíos que a los de Norteamérica. Además a los Estados Unidos les interesa que no fracase la iniciativa de Sadat, porque si fracasa los rechacistas anunciarán a bombo y platillo que eso ya lo vaticinaron ellos, y a Sadat puede suceder otro de tipo rechacista, con lo que el aislamiento de Israel crecerá, la paz en Oriente Medio se alejará y hasta puede alzarse el espectro de una conflagración mundial. Esto es lo que Carter teme y lo que continuamente le están diciendo los moderados árabes, egipcios y sauditas. ¿Por qué entonces Begin no ha de rebajar sus grandiosos ideales mesiánicos y acceder a una paz garantizada por las grandes potencias? ¿Por qué aferrarse a sus seis famosos noes en que la propia prensa israelí ha sintetizado la política de Begin? Estos noes son:

- 1) No congelación de los nuevos asentamientos judíos en la ribera occidental y en Gaza o en la expansión de los existentes actualmente en Israel.
- 2) No retirada de los asentamientos actuales.
- 3) No retirada de la protección israelí de los asentamientos de Sinaí, incluso si Egipto acepta que sigan bajo la soberanía egipcia en el caso de un tratado de paz.
- 4) No compromiso de retirada de la ribera occidental y Gaza, cualesquiera que sean las disposiciones de seguridad que se les ofrezca.
- 5) No darse por enterados de que la resolución 242 de las Naciones Unidas compromete a Israel a concesiones territoriales en la ribera occidental y en Gaza.

¹⁴ «Growing awareness», *Arab News*, 30-31 de marzo de 1978, p. 6.

6) No referéndum para elección limitada en la ribera occidental y Gaza como los americanos han sugerido ¹⁵

Esto dificulta grandemente el deseo de Begin de paz separada con Egipto al no conseguirse nada con los esfuerzos de mediación del secretario adjunto de Estado norteamericano, Alfred Atherton, y esto preocupa a sectores y personajes israelíes, frustrados por la suspensión de las conversaciones egipcio-israelíes, como son el partido, que forma parte de la coalición gubernamental, Movimiento Democrático para el cambio, y el ministro de Defensa, Ezer Weitzman. Este, en una entrevista al diario israelí *Maariv*, manifestó, el 29 de marzo, que debían entrar en renovadas conversaciones con Egipto; que éste era el camino y no la mediación americana a través de Atherton, que no beneficiaba ni a los egipcios ni a ellos. Que la dilación hacía un gran daño a la causa de la paz y que debían clarificar con Sadat, del modo más serio posible, si es posible alcanzar la paz con Egipto. Está claro, por las declaraciones de Sadat, que éste no es el camino. Sadat pide para todos los árabes envueltos en el conflicto y, en primer lugar, los palestinos, y Begin y Weitzman, sólo para ellos. Por eso la aparente oposición de Weitzman con los puntos de vista de Begin pueden constituir el montaje de una operación psicológica a gran escala para dar la apariencia de una crisis interna que se procura alargar, lo mismo que ha servido a este fin la ocupación de tierras en el sur del Líbano, respondiendo a una acción que, aunque lamentable, fue muy limitada y que puede repetirse partiendo de zonas más al norte del país. Sin embargo, los árabes se mantuvieron muy serenos, mientras judíos y norteamericanos se van poniendo cada vez más nerviosos. América ha manifestado, desde el primer momento, que no desea un acuerdo de paz por separado, y en este sentido ha hecho presiones sobre Israel y sobre Egipto porque no sólo desean atraer a Jordania y Siria a las conversaciones, sino que, como dijo *Newsweek*, una paz separada entre Egipto e Israel podría, entre otras cosas, alterar el delicado equilibrio entre Estados Unidos y Arabia Saudita en el asunto de los precios del petróleo ¹⁶.

Es decir, que negociar sin la OLP, aunque se haga con palestinos residentes en los territorios ocupados dentro de una delegación jordana, considerar a la ribera occidental y Gaza territorios de Israel, no incursos en la determinación de las Naciones Unidas de retirada de los territorios ocupados, expresada en la resolución 242 del Consejo

¹⁵ H. D. S. GRENWAY (corresponsal de *Arab News* en Tel Aviv): «Begin's six nos», *Arab News*, 30-31 de marzo de 1978, p. 6.

¹⁶ «The conference in Cairo», *Newsweek*, 19 de diciembre de 1977, p. 7.

de Seguridad, por increíble que esto parezca, y negarse a retirar las fuerzas militares de protección de los asentamientos levantados en esos territorios ocupados, aunque el territorio en que están enclavados pasara nuevamente a la soberanía árabe y el país de que se tratara permitiera su continuación con sus colonos, cosa a la que los israelíes estarían dispuestos en un acuerdo separado con Egipto respecto al Sinaí, tan increíble o más que lo anterior, no cabe duda que es equivalente a no querer negociar en serio y a prolongar la situación levantando nuevos asentamientos que, en realidad, son fortificaciones militares. ¿Podemos entonces creer que esta táctica dilatoria pueda traer a los árabes otra cosa que frustración, que en cualquier momento pueda trocarse en indignación, sentimientos que pueden ser cuidadosamente alentados por la Unión Soviética? El corresponsal en Washington de *Arab News* expresa las ideas que se van haciendo patentes en Norteamérica:

«La nueva posición de Begin sobre la 242 es desdichadamente reminiscente de las realizaciones de su gobierno en materia de establecimiento y expansión de asentamientos en los territorios ocupados durante las negociaciones de paz. Es un argumento resbaladizo y nada honrado. ¿Puede creer alguien, de verdad, que esa táctica puede producir la confianza necesaria para la paz? Podemos comprender que se aferre al territorio para negociarlo por seguridad, pero la comprensión disminuirá si se le ofrece una seguridad real y él insiste en retener ese territorio para su propio provecho.

Sadat ha ofrecido lo que hace treinta años era un sueño: relaciones diplomáticas totales, comercio y acuerdos de seguridad. Más importante aún, él representa ahora una oportunidad para Israel de formar una entente con los moderados del mundo árabe. Este es un fin deseado no sólo por Israel, sino por todo el Occidente. ¿Va Begin realmente a arrojar esta oportunidad por la borda?»¹⁷.

Todo parece indicar por ahora que los del Frente de la Firmeza van a tener razón y que en caso de querer obligar Norteamérica a que Begin se muestre más flexible, la flexibilidad no llegará a tanto y hasta sería más fácil que defenestrasen a Brzezinsky que a Begin.

¹⁷ ANTHONY LEWIS (publicación conjunta con el *New York Times*): *Arab News*, 7 de marzo de 1978, p. 6.